

UNA NUEVA TIERRA

AQUEL QUE VIVIÓ MIL VIDAS

EXTRACTO REDUCIDO DEL ORIGINAL

-

VERSIÓN DE MUESTRA

PABLO M. VIDARTE

Todos los derechos reservados a su autor.

Publicado bajo copia impresa y digital.

ISBN: 978-84-697-9251-3

Primer Concepto

Eternidad. Decidir cuándo acabar, qué cambiar, cómo evolucionar, ¿y si estuviera en nosotros, en nuestros genes, la naturaleza intrínseca de llegar a ello? Vivir para siempre, ¿sería posible? ¿Podríamos traer de vuelta a aquellos que han vivido hace más de mil años? Sería un sueño, quizás un engaño, una exploración de nada más que la supervivencia. ¿Cómo se transformaría el mundo que conocemos? ¿Habría una lógica? Y aún más importante, ¿qué habría después?

El romper del pensamiento establecido, traspasar fronteras, trascenderlas. Como un tributo a este mensaje, el Trascendismo, como movimiento, se centra en la búsqueda del conocimiento, desde la libertad, el entendimiento y la duda. Una corriente que ayude a romper los muros de cristal del ser humano. Aquellos que le hacen soñar y no le dejan ver. Sin caer en mitos ni falsedades, apoyado en la ciencia, la veracidad de los hechos y aceptando lo aún desconocido: Permanecer en este mundo y convertirlo en nuestro hogar sin la pérdida del individuo.

Quizás un hogar que llegue a elevarnos hasta las estrellas, interconectarnos o conquistar mundos más pequeños que el menor de los granos de arena. ¿A qué llegará la humanidad en los próximos cientos y miles de años? Curiosamente, en sus genes e instinto natural está escrito su destino inminente, y

aún más, nosotros, los seres humanos de hoy, podríamos llegar a verlo: Llegar a un punto donde convertirnos en Los Eternos. El concepto de Eterno no es más que un ideal que traspasa las fronteras de la vida inteligente, no es un ser que vive eternamente, si no un creador de realidades con el propósito de mantener el cosmos y descubrir qué hay más allá. Pero como en todo sueño, lo primero es empezar por el final, huir del miedo, buscar un porqué.

Evolución: Una Carrera Adaptativa

La creencia de que vivir para siempre es innatural no es desacertada, pero ante la paradoja, tampoco es correcta. Estamos diseñados para huir de la muerte, la evolución y la selección natural nos han hecho así para que nuestra especie perdure olvidándose del individuo. Aunque, ¿es ese su objetivo? ¿Necesita realmente perder al individuo?

La evolución se guía por lo más práctico y útil, no es un Dios cruel ni amable, es simplemente la ley de la conveniencia. El individuo para evolucionar necesitó reproducirse. Sin la evolución acaba pereciendo. Es conveniente que evolucione rápido, y que muera rápido para dejar vivir a las siguientes generaciones. Es aparentemente el método natural.

Por tanto, la vejez es necesaria. Con ella se consigue que la especie se adapte a los cambios de su hábitat: Eliminando a los individuos más ancianos y seleccionando únicamente al más fuerte para que perpetúe el grupo. De no ser por un sistema biológico que establezca la muerte natural, la especie aumentaría exponencialmente de tamaño. Necesitaría más espacio, más comida. Sustentarían a débiles y fuertes y no habría cambios evolutivos con tanta rapidez, acabarían con ellos mismos ya sea por territorio o sustento.

Un proceso evolutivo natural que permite que el colectivo prospere para garantizar una evolución acelerada en el entorno. Proporcionando su supervivencia de forma sana y en cohesión con sus congéneres. Pero, ¿es esa una ley universal?

Ante el contraste, la vejez o la muerte natural no son componentes intrínsecos de todas las especies. Hay multitud de casos donde no se da. El más icónico es probablemente el caso de la hidra. Animal depredador, de agua dulce: Inmortal.

Su habilidad regenerativa fue descubierta y probada desde 1998. La mayoría de las células de las que se compone son células madre. No sufren de envejecimiento, se multiplican. Tanto para crear otras semejantes como cualquier otra célula que falte o necesite repararse en el organismo, capacidad intrínseca de estas. Se regenera con células jóvenes más rápido de lo que duran en envejecer. Dicho de otro modo, su cuerpo es capaz de viajar atrás en el tiempo.

A este se le unen algunas especies de medusas, como la *Turritopsis Nutricula*, tardígrados, planarias, protozoos y células embrionarias. Con cualidades no idénticas, pero con resultados semejantes. La naturaleza ha hallado infinidad de métodos para llegar al mismo objetivo evolutivo.

Aun incluso en especies más grandes y comunes figuran características análogas. Quizás el más destacado: el cocodrilo. A medida que avanzan sus años se hace más grande y más fuerte. No envejece. Hasta lo que la ciencia ha

recabado, su envejecimiento, de tenerlo, es tan lento que no ha podido medirse en laboratorio. Se fortalece. Solo puede morir por escasez de víveres, estrés, enfermedad o daños externos. No se ha dado ningún caso en la historia documentada de una muerte natural por vejez en este animal. Tan real y bien reconocido por la comunidad científica, como desconocido para la mayoría. Este fenómeno lo hace virtualmente inmortal. De ahí el concepto de *emortalidad*.

A este se añaden diversas familias de peces, víboras y quelonios. No tienen un tamaño adulto determinado, tan solo crecen. Su cuerpo nunca morirá de viejo. Sin embargo, a pesar de esta increíble cualidad, ni los más longevos cocodrilos llegan a superar la esperanza de vida humana. Se reproducen rápido, abundan las muertes por enfermedades, rivalidades, escasez de alimentos y mueren comúnmente por estrés en espacios pequeños o con poca libertad. Y es que el más voraz de los carnívoros, como el tiburón blanco, no ha sido capaz de sobrevivir más de trece días en cautividad.

El cocodrilo, aunque aguante más en condiciones semejantes, en situaciones de escasez de comida recurre al canibalismo, así como a matar a otros de su especie al aumentar su población.

Es otra técnica adaptativa de la evolución para perpetuar la especie y mantener la supervivencia del más fuerte. Sin embargo, al igual que con muchos animales, como gran

variedad de crustáceos, moluscos y otros vertebrados, deja palpable que la emortalidad es posible en la naturaleza.

¿Por qué la mayoría de seres vivos no lo son sin embargo? No es un capricho del azar. Todo tiene una cara positiva y otra negativa. El cocodrilo, o su antepasado, ya habitaba desde la Era Mesozoica, junto a los dinosaurios. Había diferencias notables. Su cuerpo llegaba a ser diez veces más grande que el actual, pero su forma, su constitución, estaban prácticamente inalteradas. Lo mismo ocurría con serpientes y quelonios. En aquella época, aún el simio no existía. Cambió de forma desde mamíferos pequeños hasta animales irreconocibles en un tiempo récord.

La evolución se acelera exponencialmente cuando marca una tasa de muerte y vida. En el caso del cocodrilo, tan solo muere cuando, como individuo, deja de ser apto para el entorno. La cara negativa, es la lentitud en la adaptación. Por ella, tantas especies emortales se han perdido a lo largo de la historia natural, y tantas no han podido nacer: Es un método que, por su reducida variabilidad, dificulta que la especie diverja en otras especies y sus cualidades se reproduzcan en el ecosistema animal. Quizás arcaico. Y aun, no deja de tener su huella en nosotros.

Los propios seres humanos somos capaces de crear vida: A nuestros hijos, desde nuevos órganos jóvenes, para dar a luz a individuos que trasciendan a la muerte de sus progenitores. De hecho, las células madre, capaces de rejuvenecer y reparar

cualquier tipo de sistema biológico dentro de nuestro cuerpo son creadas en los cuerpos de las hembras. Si la naturaleza hubiera querido hacernos emortales, podríamos haberlo sido. Sin embargo, no era conveniente evolutivamente. Desaceleraba la carrera adaptativa en el entorno. Y en nuestro caso nos habría convertido en seres no sociales, en grupos habríamos fallecido por sobrepoblación y hambruna demasiado rápido. El ser humano tal y como lo conocemos sería inviable.

Todo es una carrera adaptativa cuando se trata de sobrevivir, algo que podemos ver simplificado en el Modelo de la Cerradura:

Imaginémonos una puerta con una cerradura compleja, cuya combinación para abrirla no solo es desconocida, sino que se va cambiando progresivamente con el tiempo. Ahora pensemos que es la puerta a nuestra casa, necesitamos abrirla a diario. Al principio pedimos al cerrajero que construya una llave al azar. Este hace una, y al probarla no funciona. La tiramos. Seguimos pidiendo nuevas llaves y desechándolas. Así, durante un largo periodo de tiempo hasta que una en particular sí abre la puerta. Sin embargo, a la segunda apertura la llave empieza a atascarse, necesitamos una nueva con urgencia, con una combinación algo distinta para acceder.

El cerrajero coge la última llave y hace otra con una pequeña modificación. Un paso que se repite varias veces. Vamos probando todas estas nuevas llaves con nuevas

modificaciones, solo haciendo nuevas copias modificadas de aquellas llaves que funcionen y desechando las que ya no lo hagan. Si se gasta mucho tiempo en probar todas las llaves de la mano, no volveremos a tener una llave que abra la puerta y tendremos que empezar el proceso de nuevo. Por eso hay que ir desechando el máximo número de llaves posible. Poco a poco, el cerrajero va haciendo llaves de formas más dispares, hasta llegar a crear una ganzúa. Al probarla vemos que la ganzúa puede alterar su forma para abrir la cerradura según cambie su combinación. A partir de ahí, nos deshacemos de todas las llaves que nos quedaban en la mano, nos quedamos con la ganzúa y dejamos al cerrajero que descanse.

En este modelo, la llave representa una especie y sus variantes. La vida lleva un largo tiempo hasta ser apta para existir y sobrevivir al principio, después tiene un breve tiempo para adaptarse a un entorno cambiante, necesita evolucionar rápido: la mejor forma es crear nuevas llaves a partir de la primera e ir desechando las anteriores.

Necesitan ir siendo desechadas para dejar sobrevivir a las nuevas, ley natural. Aumenta con ello la rapidez de la evolución. La ganzúa por último representa una especie inteligente. Capaz de adaptarse a los cambios por sí sola, un nuevo método fuera de la ley natural que sin embargo es fruto de ella misma. En este momento, la destrucción o creación de más ganzúas resulta redundante para su supervivencia. Ya no necesita de la ley natural para evolucionar.

Todo lo que somos ha sido creado para una rápida carrera adaptativa del entorno. Es lo que más ha primado en la evolución. Es de hecho por eso por lo que nació el género masculino. Y es que dos hembras ya tienen diferente material genético como para reproducirse y tener un descendiente sano. Aparentemente el macho no es necesario. Sin embargo, la introducción del varón, hace que este luche con otros de su mismo género para reproducirse el máximo posible, haciendo que aquellos más débiles no se reproduzcan y sobrevivan siempre los más fuertes y con mayor afluencia. Algo que, aunque violento, sin duda es un producto de la naturaleza que acelera la evolución y la adaptabilidad en el entorno de una especie drásticamente. Todo por la rápida adaptación.

Al mirar en retrospectiva vemos la evolución humana ahora. Se ha estacando. La especie tiene alimento de sobra y sus necesidades básicas cubiertas, ya no es una evolución hacia el más fuerte o el que mejor se adapte. Las medicinas evitan que perezcan los débiles, las comodidades hacen que reúsen de su entorno natural. Con la introducción de vacunas, fármacos, implantes y las variaciones genéticas artificiales, la humanidad se está actualizando a sí misma. Ya no necesita de una evolución que lleve cientos de miles años, ahora empiezan a contarse por meses. La naturaleza la dejamos de lado.

El propósito de la evolución lo hemos mantenido, adaptar la especie a su entorno para asegurar su supervivencia. La selección natural, la hemos abandonado. Puesto que somos

producto de la naturaleza, es ahora nuestra la decisión de elegir el método más conveniente y su razón de ser.

Un método quizás más conveniente que aquel generado por la ley del más fuerte. Y es que la naturaleza es contradictoria, nos hace necesitar la muerte del individuo para perpetuar la especie, y a la vez necesita que la temamos para sobrevivir. Además, nos hace detestar el método natural: la vejez. Es lógico pensar que, si ha hecho a un individuo capaz de regularse, controlarse y desarrollarse de forma autónoma, llegue a ser lo suficientemente inteligente como para sobrevivir a sí mismo.

En otras palabras, la evolución hasta ahora ha tenido como único método de adaptarse al entorno la reproducción para generar individuos más hábiles y fuertes. Si de forma artificial podemos mejorarnos sin necesitar nuevos individuos, la reproducción se limita meramente al papel de aumentar el número de la especie. Por tanto, si se lleva a cabo de forma inteligente, sin abusos y priorizando la calidad de vida, la muerte y la vejez son redundantes, y por tanto, innecesarias.

El inmortalismo es de hecho un movimiento creciente, una de las bases del Trascendentalismo actual venidas del Transhumanismo, una especulación práctica y plausible impulsada incluso por instituciones desarrolladas por la NASA como la Singularity University, que ya aboga por la media de vida de los 120 años para las generaciones nacidas alrededor de la última década del siglo veinte. Precursores de este modo

de pensar hay reflejados en multitud de ejemplos. Grandes corporaciones actuales: Google, IBM, Microsoft, Facebook, Amazon son los máximos inversores de, entre otros, el 'Millenium Project', 'Calico', o el SENS: Fundación para la investigación de la Senescencia Negligible Ingenierizada. Organización científica, fundamentada con el objetivo de crear la emortalidad biológica, impulsada por Aubrey Nicholas Jasper De Grey, ferviente creyente de su disciplina. Línea paralela a los impulsores del inmortalismo por parte de los biólogos investigadores Bill Andrew y, de nuevo, Aubrey De Grey en el desarrollo de la potenciación de vida a través de la expansión de telómeros en el ADN.

El mundo sabe que puede hacerse, y ha experimentado cambios dramáticos desde los inicios de la segunda década del año dos mil. Desde los métodos CRISPR y la reprogramación celular de ratones, gusanos, y otros seres vivos para multiplicar su vida diez y hasta dieciséis veces por encima de su media, hasta el comienzo de aplicaciones en la cura del cáncer y el Alzheimer. La siguiente pregunta que marca la lógica es, ¿cuándo?

Multitud de empresas invierten actualmente en este objetivo común con resultados cada vez más positivos. Mantienen el pronóstico de alcanzarla antes del siguiente siglo, concluyendo en el 2040 como fecha para el inicio del 'Gran Salto', donde los seres humanos que haya presentes, aprovechando los sucesivos avances de ese punto en adelante, empezarán a alargar su vida hasta llegar a la

susodicha emortalidad. No será instantáneo, ni habrá una solución única. Requerirá una transición larga hasta su culmen. Es un gran salto no solo por su trascendencia sino por el tiempo hasta completarse desde su comienzo. Libros como “La Historia del Mañana”, del Doctor Yuval Noah Harari y grandes obras transhumanistas, como “Superinteligencia” de Nick Bostrom entre otros, mantienen las mismas actitudes sobre doblegar el envejecimiento y la muerte. Así como figuras como Elisabeth Parrish, investigadora y primer ser humano tratado con alargadores de telómeros para combatir la vejez.

Sin embargo, cabe destacar que todo se mantiene en pronósticos, y después todo, seguirán surgiendo falsas esperanzas en muchas fuentes futuras. La esperanza en una vida mejor, atreverse a desafiar a lo establecido, y la repulsión del negacionismo desde la lógica es lo que guía a esta nueva generación venidera y las que la precederán. Está en contra del espíritu humano resignarse a la enfermedad de la vejez cuando siempre ha luchado contra esta. Si es el miedo el que guía, será mayor la satisfacción al acabar con él, e incalculables las opciones venideras.

Lo expuesto son breves referencias que acercan a la verdad de ahora. En la medida de lo posible, cabrá consultar la bibliografía al alcance de cada uno, cultivarse y contrastarla en su totalidad para hallar el máximo de veracidad y detalle. No se ha de tener miedo a negar y encontrar los fallos de lo que uno no cree, tan solo de aquello en lo que uno no quiere

pensar. Y aun creyendo, no se ha de ser ciego, sino crítico. Igual de crítico se ha de ser con lo leído en estas páginas. De otro modo, sería la filosofía del ciego, del rebaño.

“Jamás nadie dirá toda la verdad, ni habrá una idea verdadera que reclame procesarla.”

Estadios

La vida y la muerte: La evolución ha requerido de ambas para llegar a perdurar. Sin embargo, su único objetivo era la vida, preservarla. La muerte es tratada como un objeto en el camino, una herramienta práctica. Pero a la evolución no le importa. No es una entidad que piense o decida, tan solo un suceso que crea la supervivencia. Y es que solo era necesaria para adaptarse al entorno. No para mantener el conocimiento, no para vivir si el mundo no cambiara. Sin embargo ahora, cuando el mundo cambia, nosotros cambiamos con él. La evolución natural ya comenzó a sernos prescindible antes de que comenzáramos a tomarla por nuestra mano. Y todo gracias a un producto de esta: La inteligencia y el instinto de supervivencia.

Al llegar al apogeo de ambos términos, encontraremos el punto álgido de la evolución humana. La verdadera pregunta, tras el advenimiento de la vida inteligente y la toma de posesión de su rol evolutivo es, ¿qué irá después del Gran Salto? ¿Cómo serán los estadios que marcarán la progresión de la civilización humana en la carrera evolutiva?

El Trascendismo establece una escala de estadios naturales marcando el progreso humano en su escala evolutiva, hitos instintivos a alcanzar que delimitarán nuestro avance y

capacidades como especie. Será al final del Gran Salto, en el que da comienzo el primer estadio:

Estadio I

Alcanzar un sistema con individuos con una salud física de un ente de 25 a 30 años, emortales y con alta calidad de vida.

El aumentar la calidad de vida es de hecho clave en una sociedad que se encuentre en este estadio, ya que evita tener que caer en regularizaciones demográficas, por la simple regla de que las poblaciones más modernas y desarrolladas derivan en una drástica bajada de natalidad. Esta es en nuestro instinto llegar a este estadio por el propio miedo a la muerte, y la repulsión del desgaste físico, a veces total, de las últimas décadas de una vida humana: Una vez alcanzada la tecnología, de un modo u otro, será inevitablemente adoptada. Primero será una minoría para llegar a la absoluta mayoría, y el acortar el tiempo de esa transición será vital para supervivencia humana.

En una sociedad sin vejez y de esperanza de vida ilimitada, la media de edad de los progenitores de cada nuevo individuo aumentará drásticamente. Los nuevos padres serán mayores.

Gente más preparada, menos presionada por la circunstancia y en mejor situación social. No habrá una urgencia de tener hijos por el miedo a envejecer demasiado pronto.

A su pesar, en circunstancias clave, la especie debería ser lo suficientemente inteligente como para establecer controles o permisos de natalidad de algún tipo de ser necesario. Esto, inevitablemente, causará un radical aumento en la población productiva, creando un resurgimiento económico que a medio plazo hará inevitable el impulso de este estadio. Sin embargo, acarreará un gran caos inicial, con riesgos, como precepto de cualquier revolución notoria en la historia.

Estadio II

El segundo estadio del Trascendismo establece la habilidad para devolver individuos pericados a la vida, un paso más para la verdadera inmortalidad. Recuperar toda pérdida humana reciente a nivel atómico desde el instante antes de su muerte.

Este estadio solo contempla la recuperación de aquellos individuos vivos a la llegada de esta tecnología, nadie anterior. Aquellos que fallezcan de forma natural y recurran a métodos como la criopreservación o encapsulación en el vacío, tendrán más probabilidades de llegar antes a ver los orígenes de este estadio. Aunque probablemente, con resultados menos positivos o incluso catastróficos, psicológica o físicamente, que aquellos que se realicen más tarde.

Hoy en día la naturaleza nos muestra que de hecho es posible. Actualmente hay un gran número de animales, desde anfibios hasta invertebrados que emplean la criopreservación para

aguantar días, meses o años en estado de muerte total para luego resucitar de forma natural.

La rana de la madera, o *Lithobates sylvaticus*, es probablemente uno de los ejemplos más notables a la hora de desarrollar este comportamiento. Esta habilidad suele emplearse en épocas de escasez y está siendo ampliamente estudiada hoy en día.

"No se debe obligar a nadie a vivir si es contra su voluntad. Pero se debe ofrecer a cada uno la opción de enseñar el mundo y elegir."

Estadio III

El tercer estadio...

FIN DEL EXTRACTO

Más información en
www.nuevatierra.xyz